

Capítulo uno

El mejor asiento

Me-me dice que el cielo está lleno de nubes blancas mulliditas y de ángeles.

Eso suena estupendo, pero ¿cómo puede alguien sentarse en una nube? ¿No la traspasaría y se estamparía contra el suelo? Como dice Frankie siempre, los ángeles tienen alas, así que ¿de qué se van a preocupar?

Mi idea del cielo no tiene nada que ver con nubes ni con ángeles. En mi cielo hay helado de nueces de pecán, piscinas y partidos de béisbol. Los Dodgers de Brooklyn siempre ganan y yo tengo el mejor asiento, justo detrás del banquillo de los Dodgers. Ésa es la única ventaja que le veo a estar muerto: el muerto tiene el mejor asiento.

Pienso mucho en el cielo. Aunque no por los motivos habituales. No tengo más que once años y no me pienso morir hasta que tenga por lo menos cien. Es sólo que a mí el nombre me viene de aquella canción de Bing Crosby,

Pennies from heaven, y cuando a una el nombre le viene de algo, no puede evitar pensar en ello.

A mi padre le privaba Bing Crosby, y por eso todo el mundo me llama Penny en vez de Bárbara Ann Falucci, que es lo que pone en mi partida de nacimiento. Nunca nadie me llama Bárbara, excepto los profesores, y a veces hasta a mí se me olvida que ése es mi verdadero nombre.

Supongo que podría ser peor. Podría llamarme Clementine, que es el nombre de otra canción de Bing Crosby que a mi padre le encantaba.

No creo que yo valiese para Clementine. Aunque, claro, ¿quién valdría?